

fletando con este objeto un buque en Santo Domingo para conducir víveres y refuerzos á San Sebastian.

Cuando el Bachiller iba á darse á la vela, se le ocurrió á una porcion de vagos y tramposos insolventes embarcarse con él, formando el plan de reunirsele cuando el buque estuviese ya en franquía. Los acreedores, noticiosos de su intencion, vigilaban muy de cerca á todos los que se acercaban al buque; y el Almirante don Diego Colon mandó un barco de guerra para escoltar al del Bachiller hasta dejarlo fuera de la isla. Sin embargo, un hombre se burló de toda aquella vigilancia: preciso es hablar de él particularmente, porque despues fue persona de grande importancia. Se llamaba Vasco Nuñez de Balboa. Era natural de Jerez de los Caballeros, de una familia noble, aunque pobre, se habia criado al servicio de don Pedro Portocarrero, señor de Moguer, alistándose despues con los aventureros que acompañaron á Rodrigo de Bastides en su viaje de descubierta. Pedro Martir, en sus décadas latinas, habla de él llamándole «*egregius digladiator*,» lo que algunos han interpretado por hábil espadachin, y otros por diestro maestro de esgrima. Dice tambien que no era mas que un soldado de fortuna, de muy malas costumbres; y las circunstancias en que por primera vez se presenta á nuestra pluma, justifica esta asercion. Vivió por algun tiempo en la Española, dedicado al cultivo de un granja en el pueblo de Salvatierra, á orillas del mar; pero, dentro de poco, estaba ya envuelto en deudas. La expedicion de Enciso se le presentó como un medio favorable de escapar de sus compromisos, y muy adecuada para sus costumbres aventureras. A fin de eludir la vigilancia de sus acreedores y de la escolta, se metió en un tonel, y se hizo conducir desde su granja á bordo como si compusiera parte de las provisiones. Luego que el buque estuvo en alta mar, y ya retirada la escolta, Vasco Nuñez salió como una aparicion de su tonel, con gran admiracion de Enciso que nada sabia de tal estratagemas. El Bachiller se indignó con semejante engaño, aun cuando le ofrecia la ventaja de un recluta; y en el primer arranque de su ira, recibió al fugitivo deudor con mucha dureza, diciéndole que le dejaria en tierra en la primera isla desierta con que tropezasen. Sin embargo, Vasco Nuñez logró apaciguarle; porque Dios, «dice el venerable Las Casas, le reservaba para grandes hechos.» Es probable que el Bachiller reconociese en él un hombre á propósito para su expedicion, porque Vasco Nuñez estaba en todo el vigor de su juventud; era alto, fornido, endurecido en los trabajos, y muy intrépido.

Cuando llegaron á Costa Firme, tocaron en el malhadado puerto de Cartagena, testigo de las sangrientas escenas de Ojeda y Nicuesa con los naturales, y de la muerte del valiente Juan de la Cosa. Enciso ignoraba todos estos acontecimientos, no habiendo tenido noticia de los aventureros desde su salida de Santo Domingo; de consiguiente sin ningun temor mandó á tierra unos cuantos hombres para recomponer un bote que estaba estropeado, y buscar agua. Mientras que los marineros trabajaban, una multitud de indios observaba á cierta distancia, con aspecto amenazador, sonando los caracoles y blandiendo las armas. No se atrevian, empero, á atacarlos, porque la experiencia les habia demostrado cuan tremendos eran los españoles en su venganza; así es que por espacio de tres dias anduvieron rondando alrededor, escitando en ellos una continua alarma. Al fin, como dos españoles se atreviesen á cojer un barril é ir á llenarlo de agua á un arroyo vecino, once salvajes salieron repentinamente de la espesura y los rodearon con los arcos tendidos. Así estuvieron por algunos minutos, sin descargar el golpe, pero dirigiéndoles siempre la punteria al pecho. Uno de los españoles trató de huir hácia donde se hallaban sus camaradas; pero, el otro le llamó, y como entendia un poco el idioma de los indios, dirigió algu-

nas palabras amistosas á los salvajes. Estos, admirados de oír hablar en su idioma, se amansaron preguntádoles quiénes eran, cuáles sus gefes, y qué buscaban en sus playas. Los españoles respondieron que eran gentes inofensivas, que venian de paisanos lejanos y habian llegado allí por necesidad; añadieron, que extrañaban el ser recibidos tan hostilmente, y que si les hacian algun daño vendrian muchos paisanos suyos bien armados y tomarian una terrible venganza. Mientras hablaban de este modo, supo el bachiller Enciso que dos de sus hombres estaban rodeados de salvajes, y saltó inmediatamente á tierra con gente armada para ir á socorrerlos. Al acercarse, el español que habia hablado con los indios, le hizo señas dándole á entender que eran pacíficos. El hecho es, que estos últimos, creyendo que una nueva invasion de Ojeda y Nicuesa les amenazaba, se ordenaron en batalla á fin de defender sus casas de una segunda desolacion, y á que no tomasen venganza de pasados ultrajes, pero desde que se convencieron que no eran los mismos extranjeros, ni tenian intenciones hostiles, se apaciguaron, tiraron las armas, y se vinieron hácia ellos con la mas cordial franqueza. Mientras permanecieron allí los españoles, los trataron amistosamente, proveyéndoles de pan de maiz, pescado salado y de un licor fermentado y espirituoso, muy comun en aquellas costas. Tal fue la magnánima conducta de unos hombres que habian visto recientemente sus costas invadidas, sus pueblos saqueados y quemados, y sus amigos y parientes degollados sin piedad ni consideracion de edad ni sexo por los paisanos de aquellos mismos á quienes acogian con tales muestras de generoso proceder. Cuando recordamos la sangrienta y cruel venganza tomada por Ojeda y los suyos contra unos hombres, cuyo delito consistia en haberse opuesto á una injusta invasion, y la comparamos luego con la moderacion de los indios en el momento oportuno para tomar una justa represalia, se nos ocurre naturalmente la duda de si el arbitrario nombre de salvaje es siempre aplicado con justicia.

#### CAPITULO VII.

Le dan al bachiller malas noticias de su jurisdiccion.

A los pocos dias de la llegada de Enciso á aquel puerto, se sorprendió de ver entrar un bergantin á toda vela y echar el ancla. Encontrar una vela europea en tan desconocidos mares, era un acontecimiento extraordinario; pero, el pasmo del bachiller subió de punto, cuando al acercarse al bergantin, reconoció que la gente que lo tripulaba pertenecia á los que se habian embarcado con Ojeda. Su primera idea fue que se habrian amotinado contra su comandante y desertado con el buque. Alarmándose, como magistrado que era, con tal sospecha, determinó comenzar á ejercer en ellos su destino de alcalde mayor, haciéndoles prender y castigándoles severamente. Varió, sin embargo, de tono, así que halló á su resuelto comandante, que era nada menos que el mismo Francisco Pizarro, á quien Ojeda habia dejado de teniente en San Sebastian, y cuya patente, firmada por aquel desgraciado gobernador, mostró al Bachiller. En efecto, el pequeño bergantin conducia los miserables restos de la tan ponderada colonia. Despues de la salida de Ojeda en el buque pirata, la gente que dejó al mando de Pizarro continuó en la fortaleza hasta cumplir el plazo de los cincuenta dias que habian estipulado. No recibiendo socorros ni noticias suyas, determinaron embarcarse para la Española, pero se les presentó un inconveniente imprevisto: eran setenta hombres y los bergantines muy pequeños para contener tanta gente. Viéndose en este caso, concertaron de comun acuerdo no embarcarse interin el hambre, las enfermedades y las envenenadas flechas de los indios no redujesen su número. En muy pocos dias lograron su objeto y

se dispuso el viaje. Habian conservado vivas cuatro yeguas para asustar con ellas á los indios, y antes de embarcarse las mataron y salaron, recogiendo además cuanto podia serles útil para alimentarse. Pizarro mandaba su bergantin y el otro un tal Valenzuela.

Apenas habian salido del puerto, se levantó una espantosa borrasca, y el bergantin de Valenzuela, violentamente maltratado por las olas, se fue á pique con toda la tripulacion. El otro bergantin estaba tan cerca, que los marineros pudieron contemplar las ansias mortales de sus desgraciados camaradas, y oír sus últimos lamentos. Algunos contaron que habian visto, durante la tempestad, una enorme ballena ú otro monstruo semejante, dar con la cola una fuerte sacudida al bajel, rompiendo el costado y haciendo pedazos el timon (1). Seguramente esto fue una ilusion de exaltadas imaginaciones: como quiera que sea, el otro bergantin escapó lo mejor que pudo á tomar el puerto de Cartagena, para procurarse provisiones.

Tales fueron las desagradables noticias que dió Pizarro al bachiller acerca de su presunta jurisdiccion. Sin embargo, como Enciso era confiado y emprendedor, se imaginó que llegando él todo mudaria de aspecto.

#### CAPITULO VIII.

Cruzada del bachiller Enciso contra los sepulcros de Zenu.

El bachiller Enciso, como hemos visto, era tan buen hombre de toga, como de espada; habiendo cobrado seguramente aficion á las proezas militares por su continuo trato con los descubridores, le ocurrió mientras permanecia en Cartagena, la idea de hacer una escursion digna de su amigo Ojeda. Dijéronle los Indios, que á cosa de 25 leguas al Este, se hallaba situada la provincia de Zenu, cuyas montañas abundaban en el oro mas fino; y durante la estacion de las lluvias bajaba á torrentes con el agua en tanta cantidad, que los naturales extendian redes en los rios para recoger las partículas mayores, del tamaño de huevos, segun se expresaban.

La idea de cojer oro con redes, agradó sobremedera al bachiller, despertando mucho mas su codicia las noticias que le dieron, de que Zenu era el cementerio general de todas las tribus comarcanas, á donde llevaban sus muertos y los enterraban, conforme á su costumbre, adornados de sus mas preciosas joyas.

Figúresele, pues, que debia haber una inmensa acumulacion de riquezas en las tumbas de los Indios, procedentes del oro enterrado con ellos por espacio de tantos siglos. Exaltándose su imaginacion, determinó hacer una escursion en la indicada provincia y saquear los sepulcros. No le asustaba la idea de robar á los muertos, porque estos eran inieles paganos, que habian violado el santuario de la sepultura haciéndose enterrar segun los ritos y ceremonias de su religion.

Con tal intento salió Enciso de Cartagena y desembarcó en las costas de Zenu. Inmediatamente se le presentaron dos caciques á la cabeza de sus guerreros. El bachiller, aunque con humo de soldado, recordó su primera profesion, y antes de valerse de las armas, quiso proceder legalmente y de acuerdo con la fórmula mandada observar por la corona, haciendo leales á los indios é interpretar el mismo manifiesto de que Ojeda habia hecho uso; con la explicacion de lo que era la divinidad, la supremacia del papa y el derecho de los reyes Católicos á todas aquellas tierras, en virtud de donacion hecha por su Santidad. Los caciques prestaron la mas respetuosa atencion, segun se lo prescribían las leyes de su política. Concluida la lectura, observaron que en cuanto á no haber mas que

(1) Herrera, Hist. Jud. d. I. VII. c. 10.

un Dios soberano de cielos y tierra, estaban conformes, porque debia ser así; pero, por lo que hacia á creer que el papa ocupase en el mundo el lugar de Dios, y tuviese potestad para conceder al rey de España dominio sobre su pais, opinaban que el papa estaba seguramente loco cuando pensaba en disponer de lo que no era suyo, y que el rey no lo estaba menos, pues queria apoderarse de lo ajeno. Añadieron que ellos eran los dueños de aquel territorio, sin dependencia de ningun otro soberano, y que si el rey Católico venia á tomar de él posesion, le cortarian la cabeza y la pondrian en la punta de un palo; modo que tenian de conducirse con sus enemigos. Y para convencer á Enciso de esta verdad, le mostraron el repugnante y horroroso espectáculo de una larga fila de cabezas empaladas.

No se alteró por esto el bachiller; al contrario, les amenazó con la guerra y la esclavitud si continuaban en su incredulidad y no se sometian. Le contestaron entonces que pondrian su cabeza en un palo, como que representaba á su rey. Creyéndose con esto Enciso dispensado de sus fórmulas legales, procedió á vias de hecho. Atacó á los indios, los derrotó é hizo prisionero á uno de los caciques; pero, en la escaramuza dos de sus hombres, heridos por las envenenadas flechas, murieron á su vista en medio de los tormentos mas horribles (2).

Segun parece, la cruzada contra los sepulcros no tuvo ningun resultado lucrativo. Quizá viendo que los recibian tan mal los indios, y temiendo el fatal efecto de su veneno, no quisieron penetrar tierra adentro con tan escasa fuerza. Lo cierto es que las decantadas riquezas de Zenu, y el cuento de su pesca de oro con redes quedó sin averiguar, siendo causa de otras desastrosas empresas. El bachiller se contentó con su victoria, y se volvió á sus buques dispuesto ya para continuar su viaje al golfo de Uraba, donde Ojeda habia establecido su gobierno.

#### CAPITULO IX.

Llegada del bachiller á San Sebastian.—Sus desastres allí.—Proezas en el Darien.

No sin grandes dificultades, y solo prevaleciéndose de su autoridad de alcalde mayor, pudo lograr Enciso que la tripulacion de Pizarro le siguiese á las fatales playas de San Sebastian. Por fin llegó á la vista de tan deseado puerto; pero, como su antecesor Ojeda, no halló en él mas que la desgracia. Al entrar, su bajel se estrelló en la punta del Este contra una roca. La rapidez de las corrientes y la precipitacion de las olas lo hicieron mil pedazos; la tripulacion logró á costa de inmensas fatigas refugiarse en el bergantin de Pizarro; únicamente se salvó un poco de harina, queso, galleta y algunas armas. Los caballos, las yeguas, los cerdos y otras mil cosas necesarias á la colonia desaparecieron, y el desgraciado Bachiller vió el fruto de muchos años de prósperos litigios, tragado en un instante.

Su sueño de poder y dignidad estaba tambien á punto de perecer, porque al desembarcar hallaron la fortaleza y casas contiguas arruinadas: los indios las habian quemado.

(2) Esta anédocta la relata el mismo bachiller Enciso, en un tratado geográfico titulado, *Suma de Geografia*, publicado en Sevilla en 1519. Como la contestacion de los pobres salvajes contiene bastante lógica natural, copiamos aqui un trozo original de Enciso.

Respondieronme: Que en lo que decia que no habia sino un Dios, y que este gobernaba el cielo y la tierra, y que era Señor de todo, que les parecia y que así debia ser: pero que en lo que decia que el papa era señor de todo el universo en lugar de Dios, y que él habia fecho merced de aquella tierra al rey de Castilla, dijeron que el papa debiera estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo, y que el rey que pedia y tomaba tal merced, debia ser algun loco, pues pedia lo que era de otros, etc., etc.

## CAPITULO X.

Por espacio de algunos días, se alimentaron los españoles con dátiles y la carne de una especie de cerdo salvaje, de los que encontraron varias pjaras. Concluidos estos recursos, tuvo el bachiller que tomar cien hombres para forrajear por el país. Acechábanles tres indios, que descargaron contra ellos todas las flechas de sus aljabas, hiriendo á varios españoles, y huyendo con tal ligereza que fue imposible seguirlos. Despertóse otra vez su miedo á las emboscadas de los salvajes y al veneno de las flechas, é insistieron en querer abandonar un sitio destinado, por lo visto, para ser su tumba.

El mismo bachiller Enciso estaba desalentado con el estado ruinoso de su capital; pero ¿dónde iría que no le pasasen las mismas desgracias? En aquellos momentos de duda y de perplejidad, Vasco Nuñez, el deudor insolvente, que se había introducido á bordo en el tonel, se adelantó para dar su dictámen. Dijo al bachiller que había navegado en aquellos mares con Rodrigo de Bastides por espacio de algunos años, explorando todo el golfo de Uraba; y que se acordaba muy bien de un pueblo indio situado en la parte Occidental á orillas de un río que los naturales llamaban Darien. El país comarcano dicen que estaba lleno de minas de oro; y los naturales, aunque valientes, no envenenaban sus flechas. Ofreció guiarle á aquel sitio, donde hallarian abundantes provisiones, y fundarian la colonia.

Los españoles oyeron á Vasco Nuñez, como si les hubiese revelado la tierra de promision; el bachiller adoptó su consejo, y guiados por él, hicieron vela hácia el punto indicado, con el ánimo de espulsar á los habitantes, tomar posesion de él y declararlo capital de su gobierno. Así que llegaron al río desembarcaron; ordenó su gente con aire marcial y emprendió la marcha á lo largo de la ribera. Mandaba allí á la sazón un cacique llamado Zemaco. Luego que supo la llegada de los españoles, puso las mujeres y los niños en un lugar seguro, y se apostó con quinientos hombres en una altura, preparado á dar una buena lección á aquellos advenedizos. El bachiller era un verdadero descubridor, devoto, atrevido y rapaz. Al contemplar tan marcial continente, él y los suyos se encomendaron á Dios, ofreciendo á Nuestra Señora de la Antigua, cuya imágen se adora en Sevilla, con gran veneracion, que la primera iglesia ó pueblo que construyesen le sería dedicado; yendo en peregrinacion á Sevilla para colocar los despojos de los idólatras en su camarín. Después de haber implorado el favor del cielo puesto á la Santísima Virgen de su parte, trató Enciso de asegurarse de la fidelidad de sus compañeros. Temiendo alguna celada ó el veneno de las flechas, les exigió el juramento de no retroceder sucediese lo que sucediera. Ningun guerrero entró jamás en batalla con mas preliminares que nuestro bachiller. Arreglados los antecedentes puntos, reunió á sus soldados y atacó al enemigo con tal denuedo, que á pesar de oponer ellos una vigorosa resistencia, tuvieron que abandonar el campo, dejando multitud de muertos. El bachiller entró triunfante en el pueblo, tomó posesion de él con el incuestionable derecho de conquista, y saqueó todas las casas y chozas de las cercanías, recogiendo gran cantidad de comestibles, algodón, brazaletes, planchas de oro y otros adornos del mismo metal, por valor de diez mil castellanos (1). Su corazon no cabia en sí de orgullo y de placer, con tal victoria y tal botín; tambien sus compañeros, tras tantas desgracias y desastres, se regocijaron con aquel golpe de fortuna, y se acordó únicamente que allí se establecería el gobierno, al cual, en cumplimiento de su voto, dió Enciso el nombre de Santa Maria de la Antigua del Darien.

(1) Equivalente á 53,259 duros.

El bachiller Enciso toma el mando.—Su caída.

El bachiller Enciso, entró á ejercer sus funciones de alcalde mayor y teniente del ausente gobernador Ojeda. Su primer edicto fue bastante duro, pues prohibía todo tráfico de oro con los naturales bajo pena de muerte. Aunque en esto obraba conforme con las reales órdenes sobre la materia, poco debía gustar su disposicion á unos hombres que si se habían arrojado á tal empresa, era con la esperanza de acumular oro, vivir libremente, y comerciar sin trabas; de consiguiente, empezaron á murmurar diciendo que Enciso lo queria todo para sí. Vasco Nuñez se aprovechó del descontento general. Sus compañeros le tenían en mucho, tanto por haberlos conducido á aquel sitio, como por sus cualidades particulares; era atrevido é inteligente, ligero de cascos, y como buen soldado, de fortuna, pródigo á manos llenas; en una palabra, muy á propósito para deslumbrar á la multitud.

No queria mucho al bachiller, porque se acordaba de la recepcion que le hizo cuando se escapó en el tonel, amenazándole con dejarle en una isla desierta. Trató, pues, de formarse un partido y sustituirle en el mando. Le atacó al intento, en su mismo terreno, disputándole con la ley en la mano, la legitimidad de sus pretensiones; porque, decia, la linea divisoria de jurisdicciones de Ojeda y Nicuesa pasaba por el centro del golfo de Uraba, estando el pueblo de Darien al Este, le pertenecía á Nicuesa. Enciso, pues, como alcalde mayor y teniente de Ojeda, era en aquel sitio un usurpador y nada mas.

Los españoles, descontentos ya con los reglamentos fiscales de Enciso, se convencieron fácilmente y acordaron negarle la obediencia, con lo que vió el desgraciado bachiller desvanecerse todos sus sueños de mando y autoridad, teniendo que dejar la silla antes de haberse acomodado bien en ella.

## CAPITULO XI.

Dudas en la colonia.—Llegada de Colmenares.

DEPONER al bachiller fue cosa muy fácil, porque la generalidad de los hombres se complace en destruir; pero, darle un sucesor era asunto mas arduo. Contentáronse al principio con elegir magistrados civiles, y nombraron alcaldes á Vasco Nuñez y á un tal Zemu-dio, en union de un caballero de bastante mérito llamado Valdivia, á quien hicieron regidor. Se disgustaron pronto de este arreglo, pareciéndoles mejor que la autoridad residiese en una sola persona. La cuestion consistía en decidir quien habia de ser esta; unos estaban por Nicuesa, supuesto se hallaban en territorio de su pertenencia; otros por Vasco Nuñez. Esto dió lugar á una violenta disputa, en la que los ánimos se exaltaron hasta declarar los mas tranquilos y amigos de la paz, que lo mejor seria reponer á Enciso en tanto que el rey resolvía sobre tal materia.

Una mañana, cuando mas acalorados estaban, los despertó el estampido del cañon resonando de la parte opuesta del golfo; y vieron, desde las alturas, subir columnas de humo. Espantados al percibir indicios de civilizacion en aquellas costas salvajes, contestaron en la misma forma, y á poco descubrieron dos buques á toda vela en medio del golfo que venian mandados por un tal Rodrigo de Colmenares, buscando á Nicuesa con provisiones. Los infelices habian encontrado lo que todos en aquellas malhadadas costas; borrascas en el mar y enemigos en la tierra. Muchos de ellos perecieron por el veneno de las flechas. Colmenares tocó en San Sebastian para adquirir noticias de Nicuesa; pero halló la fortaleza arruinada, y aunque hizo señales á ver si quedaban algunos españoles en las cercanías, nadie contestó.

## CAPITULO XII.

Colmenares va en busca de Nicuesa.

La llegada de Colmenares suspendió por algun tiempo las reyertas de los colonos; les distribuyó provisiones y esto los dispuso á su favor. Representóles en seguida la legitimidad de los derechos de Nicuesa para mandar toda aquella parte de la costa, como gobernador nombrado por el rey, y persuadió á casi todos á que reconociesen su autoridad. Decidióse, pues, por voto general, que saliese Colmenares á cruzar por las costas en busca de Nicuesa, acompañándole como embajadores un activo legista llamado el bachiller Corral, y un tal Diego de Albitez, los cuales suplicarian á aquel caballero viniese á tomar el mando de Darien.

Rodrigo de Colmenares recorrió toda la costa occidental, examinando las bahias y puertos, sin hallar á nadie. Al fin descubrió un bergantin en una pequeña isla; hizo vela hácia él, y reconoció que pertenecía á la flota de Nicuesa. Este lo habia enviado á buscar provisiones y forraje; conducido por él, llegaron al puerto de Nombre de Dios, presunta capital del desgraciado gobernador, tan escondida y rodeada de impenetrables bosques, que hubiera pasado mil veces por allí, sin verla.



Encuentro de Colmenares y Nicuesa.

La aparicion de Colmenares fue celebrada con lágrimas de júbilo. Apenas podia reconocer al brillante y altivo Nicuesa, en el hombre seco y escuálido que tenía ante sí, que vivía en la mas abyecta miseria y al cual no le quedaba de todo su valiente y poderoso séquito mas que 60 hombres débiles, amarillos, estenuados y tan abatidos que daba lástima verlos (1).

Colmenares distribuyó las provisiones entre ellos y

(1) El puerto de Nombre de Dios, conservó por largo tiempo los vestigios de los sufrimientos que experimentaron allí los españoles. Dice Herrera, que algunos años despues, una partida de ochenta soldados, mandada por Gonzalo de Badajoz, llegó al puerto con miras de internarse. Encontraron el fuerte arruinado; una porcion de calaveras y huesos esparcidos por el suelo, y varios montones de piedras con cruces; tristes recuerdos de los desgraciados compañeros de Nicuesa, muertos de hambre. Les horrorizó tanto esta vista, que hubieran abandonado la empresa, á no ser por el hombre intrépido y atrevido que los capitaneaba; quien para impedirlo, despachó inmediatamente los buques, quitándoles así los medios de retirarse. (Herrera, d. II, lib. I.

les dijo que los iba á llevar á un país abundante en víveres y oro.

Cuando supo Nicuesa que habia un establecimiento en Darien, y que sus habitantes le buscaban para que los gobernase, recobró de súbito su carácter caballeroso y altivo. Dió una especie de banquete á Colmenares y á los embajadores, con las provisiones traídas por ellos. Presidió la mesa con su acostumbrada jovialidad; y para probar á sus convidados que no se habia olvidado de cuando era mayordomo del rey, cogió una gallina y la trinchó al aire con admirable destreza.

Nicuesa no hubiera debido dejarse llevar mas lejos por los impulsos de su alegría; pero, la adversidad no le habia enseñado á ser prudente. Hablando con los enviados de Darien, tomó de buenas á primeras, como suele decirse, el tono de gobernador, poniendo de manifiesto la conducta que pensaba observar. Exaltóse sobre manera al saber que los particulares habian adquirido para sí gran cantidad de oro, reteniéndolo, con perjuicio de los privilegios y monopolo.

lios de la corona; juró que se lo haría entregar, y hasta habló de castigarlos por su falta. Error idéntico al que cometió Enciso y ocasionó su caída; de consiguiente, providencia muy arriesgada para un presunto gobernador. La amenaza no pasó desapercibida de los embajadores Diego de Albitez y el bachiller Corral, acabando de alarmarles una conversacion que tuvieron con Lope de Olano, preso todavía por su desercion pero que encontró medios de comunicar desde su prision con los enviados, y predisponer el ánimo de estos contra su confiado comandante. «Tomad les dijo, ejemplo de mí: Yo envié á Nicuesa socorros, salvándole de morir de hambre en una isla desierta; y me ha pagado cargándome de cadenas. Tal es la gratitud que de él tiene que esperar el pueblo de Darien!»

El astuto bachiller Corral y su compañero tomaron el negocio por lo serio y en consecuencia adoptaron sus medidas, apresurando su partida con la idea de entrar antes que Nicuesa en Darien. Así que llegaron, convocaron una junta compuesta de los principales habitantes. «Buen cambio hemos hecho, señores, dijeron, llamando á Diego Nicuesa para que nos gobierne. Hemos salido de los dientes de un lobo, para caer en las garras de un tigre, que no se creará satisfecho hasta habernos devorado.» Entonces refirieron con la acostumbrada exageracion las amenazas que habian oido á Nicuesa, ponderando al mismo tiempo el mal trato que daba á Olano como prueba de su ingratitud y tiranía.

Las palabras del astuto bachiller Corral y su compañero, produjeron una violenta agitacion en Darien; particularmente entre aquellos que habian acumulado riquezas, que se trataba de hacerles devolver. Nicuesa por otra parte con un acto capaz de destruir las pocas simpatías que le quedaban, dió tiempo á que fermentasen las pasiones, deteniéndose muchos días en un grupo de pequeñas islas, con objeto de hacer esclavos y venderlos; y mientras cometía tales ultrajes contra la humanidad, mandó á Juan de Caicedo con un bote para advertir á los de Darien de su llegada. Este, que alimentaba un oculto resentimiento contra él, aseguró al pueblo de Darien, que cuanto habian dicho sus enviados concerniente á la ingratitud de Nicuesa era cierto; que trataba á sus compañeros con excesiva severidad; que les quitaba todo lo que adquirian en los combates, diciendo que los despojos le pertenecian de derecho; y que pensaba portarse con ellos del mismo modo. «Os habeis vuelto locos añadió, para enviar en busca de un tirano, gozando como gozabais de completa libertad!»

Los habitantes de Darien, quedaron convencidos con tal abundancia de testigos, y asustados del inmenso peligro que les amenazaba. Habian destituido á Enciso por severo, y se iban á entregar de motu proprio en manos de otro que parecia serlo cien veces mas! Vasco Nuñez de Balboa que observó su perplejidad y consternacion, les fue hablando secretamente, llamándolos aparte, uno á uno. «Estais desanimados, les dijo, porque creéis que el mal no tiene cura. No desesperéis; el remedio está en vuestra mano. Ya que cometisteis el error de llamar á Nicuesa, no le recibais!» Todos comprendieron la facilidad y sencillez de este remedio que fue unánimemente adoptado.

### CAPITULO XIII.

#### Catástrofe del desgraciado Nicuesa.

(1511.)

MIENTRAS se fraguaba aquella conspiracion en Darien, seguía Nicuesa tranquilamente su viaje, llegando sano y salvo á la embocadura del rio. Al acercarse á la playa, vió que le esperaba la multitud, capita-

neada por Vasco Nuñez, y se figuró que salian á recibirle y tributarle los honores debidos á su persona. Iba ya á desembarcar, cuando el fiscal le llamó en alta voz, y se lo prohibió, aconsejándole que se volviera á toda prisa á su gobierno de Nombre de Dios.

Nicuesa quedó por un momento como herido de un rayo. Una vez repuesto de su asombro, les contestó que venia porque le habian llamado; que le dejasen desembarcar, porque era necesario entrar en explicaciones, despues de lo cual obrarian como les pareciese oportuno. Sus exhortaciones fueron vanas, dando solo por resultado insolentes respuestas de violencias para el caso de que se arriesgara á poner el pié en tierra. Sobreviniendo pues la noche tuvo que hacerse á la mar; pero, volvió á la mañana siguiente, esperando que aquella caprichosa gente variaria de opinion.

En efecto, al parecer se habia verificado un cambio en su favor, pues le invitaron á bajar á tierra. El, sin conocer la estratagemá, desembarcó; y en el mismo instante se le echó encima la multitud con objeto de prenderle. Entre las cualidades notables de Nicuesa se contaba la de ser muy ligero de piés, y á ella apeló para salvarse: olvidando su dignidad de gobernador, echó á correr perseguido por la chusma, consiguiendo en breve colocarse á una distancia respetable y guarecerse en los bosques.

Vasco Nuñez de Balboa, que era tambien hombre de distinguida cuna, se arrepintió de lo que habia hecho, al ver tan bien nacido caballero en tal extremo, expuesto á ser la víctima de un populacho furioso. No habia previsto que las cosas tomasen aquel carácter de violencia; y entonces trató, aunque tarde, de apaciguar la tempestad que habia excitado. Desde luego pudo lograr que no persiguiesen á Nicuesa por el bosque, esforzándose despues en moderar la vengativa cólera de su compañero, el alcalde Zamudio, cuya hostilidad se aumentaba con el temor de perder su puesto, si era recibido el nuevo gobernador, y cuyas malas disposiciones respecto de este último estaban apoyadas por la aficion natural que la multitud tiene á las que se llaman «medidas fuertes.»

Nicuesa se valió de Vasco Nuñez para entrar en negociaciones con el pueblo. Les suplicó, que si no querian recibirle como gobernador, le recibiesen como compañero; pero no aceptaron, por miedo de que admitiéndole en tal calidad, llegara pronto á apoderarse del mando: entonces les rogó que le recibiesen, aunque fuera como preso, cargándole si querian de cadenas; pues preferia morir entre ellos, á volver al puerto de Nombre de Dios, donde sucumbiria de hambre, ó herido por las flechas de los indios.

En vano se interesó Vasco Nuñez por aquel desdichado caballero. Confundiase su voz entre el bullicio de la multitud, alborotando mas que nadie con sus baladronadas un tal Francisco Benitez, hablador y manipulante de á folio, que se gozaba en la desventura del caballero, y respondia á cada solicitud en favor de este con sarcasmos y carcajadas. Era una especie de comensal del alcalde Zamudio, y contando con su patrocinio se atrevia á proceder así: su voz sobrepujaba á todas; tanto que á las reconvenções de Vasco Nuñez replicó con descompuestas voces: «No, no. ¡No queremos recibir á un hombre como Nicuesa entre nosotros!» Agotada la paciencia de Vasco, mandó como alcalde que era tambien, y antes de que su compañero pudiera intervenir, dar cien azotes al alborotador; lo cual fue inmediatamente ejecutado (1).

En seguida, viendo que la plebe no tenia traza de apaciguarse, envió á decir á Nicuesa que se reembarcase, y no volviese á tierra hasta nuevo aviso. Este consejo fue infructuoso, pues Nicuesa, incapaz de engañar á nadie, juzgaba á los otros por sí mismo.

(1) Las Casas, Hist. Ind., Lib. II, c. 68.

#### AQUÍ FENECIÓ EL DESDICHADO NICUESA,

Retiróse á su bergantin; pero cediendo á las instancias de una comision que fue á buscarle de parte del público, con la oferta del gobierno de Darien desembarcó de nuevo. Inmediatamente fue sorprendido por una partida de gente armada que capitaneaba el villano Zamudio; y este le hizo jurar, amenazándole con la muerte, que se marcharia en el acto sin parar hasta presentarse al rey y al consejo de Castilla.

En vano le recordó Nicuesa que él era el gobernador del territorio y representante del rey y que incurrian en pena de traidores oponiéndosele; en vano apeló á su humanidad, protestando ante Dios contra tan cruel persecucion. El pueblo habia llegado á ese estado de efervescencia, que le hace añadir la inhumanidad á la injusticia; y no contentándose con expulsar al desdichado gobernador, le dieron el peor buque que habia en el puerto, un viejo y desmantelado bergantin, incapaz de sufrir los choques y peligros del mar.

Embarcáronse con él diez y siete hombres, algunos de ellos servidores suyos, y el resto voluntarios que se decidieron á acompañarle por respeto y simpatía. Este frágil y miserable barco, zarpó de Darien el 1.º de marzo de 1511, navegando por el mar Caribe con rumbo á la Española; pero nadie le vió mas ni volvió á hablarse nunca de él.

Varias averiguaciones se han hecho para penetrar el misterio en que está envuelta la pérdida de aquel bergantin y su tripulacion: algunos años despues corrió muy válida la noticia, de que unos españoles, vagando por las costas de Cuba habian hallado la siguiente inscripcion grabada en un árbol:

## VASCO NUÑEZ DE BALBOA,

### DESCUBRIMIENTO DEL OCEANO PACIFICO.

#### CAPITULO I.

Partidos en Darien.—Vasco Nuñez elevado al mando.

(1511.)

HEMOS trazado el cuadro de las desgracias de Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa; ahora vamos á bosquejar la historia, de Vasco Nuñez de Balboa, aventurero, igualmente intrépido, mucho mas famoso y no menos desgraciado, que en cierto modo se levantó sobre sus ruinas.

Tan pronto como se perdió de vista el buque que conducia al desventurado Nicuesa, volvieron á reproducirse los partidos sobre eleccion de gobernador; insistiendo el bachiller Enciso en reclamar su derecho como jefe superior. Ofreciósele, empero, un poderoso competidor en Vasco Nuñez de Balboa, que habia llegado á ser favorito del pueblo, así por su carácter franco é intrépido, como por su afabilidad con todos. Indudablemente era persona á propósito para manejar á sus paisanos, porque los españoles, aunque orgullosos y vengativos é incapaces de sufrir con paciencia las injurias ni la opresion, fácilmente son deslumbrados por el valor y seducidos por la cortesía y la benevolencia.

Vasco Nuñez, poseía ademas, todas las cualidades exteriores que cautivan los ánimos de la multitud. Tenia treinta y cinco años; era alto, bien formado, vigoroso, con el pelo rubio y aspecto francés é imponente. Mientras desempeñó el cargo de alcalde, modificó la conducta irregular y escandalosa que habia observado, siendo un mero soldado de fortuna; y con esto y su talento despejado cobró bien pronto pre-

ponderancia sobre su colega Zamudio. De consiguiente, poseía elementos bastantes para hacer una vigorosa oposicion á Enciso. Sin embargo, procedió legalmente, citando á juicio al bachiller acusándole que hubiese usurpado el poder de alcalde mayor, sin mas autoridad que el nombramiento de Alonso de Ojeda, cuya jurisdiccion no se extendia á aquella provincia. Enciso, como hábil abogado, defendió bien su pleito; pero, sus razones eran sofisticas, y aun no siendolo, luchaba con hombres que se cuidaban poco de las leyes, que estaban irritados con sus exacciones legales, y mas dispuestos á que les gobernase un militar que un jurisperito. Fue, por lo tanto declarado reo, condenado á prision y sus bienes quedaron confiscados: sentencia violenta y que se ejecutó sin piedad, porque la justicia, trasplantada á los bosques del Nuevo Mundo, parecia encrudescerse y tomar un carácter salvaje. Sin embargo, en ningun país se cometen iniquidades impunemente: la tiranía ejercida con el bachiller Enciso, aunque revestida de todas las formas legales y en regiones apartadas del orbe civilizado, redundó en perjuicio de Vasco Nuñez, contribuyendo á marchitar los frutos de aquella misma ambicion que debia satisfacer.

La fortuna del bachiller tomó un giro muy contrario á la agradable perspectiva que se le ofrecia á su salida de Santo Domingo; tuvo que presentarse en la barra como reo, en lugar de actuar en el tribunal como juez; y sufrió en la cárcel las consecuencias de su última tentativa para obtener el mando. No obstante, sus amigos intercedieron por él con calor; y al fin, lograron que se le pusiera en libertad, dán-

(1) Las Casas, *ut supra* c. 68.